

Fernández, Víctor Manuel

Espiritualidad del anuncio

Revista Vida Pastoral, N° 247, 2004

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Espiritualidad del anuncio* [en línea]. *Revista Vida Pastoral*, 247 (2004)

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=121>

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/espirtualidad-del-anuncio-victor-fernandez.pdf>

[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Publicado en:

<http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=121>

Espiritualidad

Espiritualidad del anuncio

Autor: [V́ctor Manuel Ferńndez](#)

La presente nota reflexiona sobre la predicaci3n, que incluyendo tanto el momento puntual de la exposici3n como su preparaci3n, aparece como un ́mbito privilegiado para mostrar c3mo se alimentan mutuamente en un mismo acto la espiritualidad y la misi3n pastoral.

Hay un modo de vivir la predicaci3n que la convierte en una alt́sima experiencia espiritual; pero hay otro modo de vivirla –carente de espiritualidad– donde predominan los intereses de gloria personal y de dominio sobre la comunidad. Por eso es importante recordar las notas espirituales que pueden impregnar el ejercicio de la predicaci3n y convertirlo en una mística.

Actitudes espirituales en la predicaci3n

En *Evangelii Nuntiandi (EN)* encontramos una gran riqueza en lo que se refiere a las actitudes profundas que pueden vivirse en la predicaci3n, haciendo de ella una experiencia espiritual de inmenso valor. Vale la pena recoger su valioso aporte:

Hablar desde una experiencia

Puesto que el Evangelio es una propuesta de vida y se ordena a producir un estilo determinado de existencia, la primera actitud espiritual del predicador ser ́ hacerlo carne en su existencia concreta, ya que "el hombre contempor ́neo escucha m ́s a gusto a los que dan testimonio que a los que ense ́an" (EN 40); de tal manera, la predicaci3n consistir ́ en "comunicar a otros lo que se ha contemplado" (Santo Tomas, *Suma teol3gica*, II-II, 188, 6).

Se trata de tener una relaci3n personal con Dios que se refleje en el modo de hablar de ́l. La autenticidad que tanto valora el mundo de hoy "exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos conocen y tratan familiarmente como si lo estuvieran viendo" (EN 76).

Convicci3n creativa sobre el valor de la propia misi3n

Realizar una actividad sin valorarla y sin amarla, es soportarla y cumplirla externamente provocando que tal actividad pierda dinamismo y profundidad espiritual. Por lo tanto se ha de confiar en el valor y en la eficacia de la misi3n. Esta confianza se funda en la convicci3n de que es Dios quien *quiere* llegar a los dem ́s a trav ́s del predicador, y quien despliega su poder a trav ́s de la palabra humana. En Rom 10, 14-17, Pablo habla con convicci3n sobre la necesidad de predicar. Por eso, "el tedio que provocan hoy tantos discursos vacíos, y la actualidad de muchas otras formas de comunicaci3n, no deben sin embargo disminuir el valor permanente de la palabra ni hacer perder la confianza en ella" (EN 42).

Esta convicción es activa y *creativa*. Implica ofrecerse como instrumento (Rom 12, 1), con todas las propias capacidades para que puedan ser utilizadas por Dios para una predicación "que sea sencilla, clara, directa, acomodada, profundamente enraizada en el Evangelio" (EN 43). La firme convicción ante el valor de la predicación supone valorar "la importancia de los métodos y medios de la evangelización" (EN 40) y entregarse con amor creativo a la preparación de la predicación. Ese amor lleno de convicción y de celo, que busca recursos para llegar al otro, es parte inseparable de la "espiritualidad" del predicador.

Sensibilidad y adaptación a la realidad de los demás

Dios, que habla al predicador en su Palabra, también le habla a través de la realidad, de manera que pueda descubrir lo que debe anunciar en un contexto determinado y de un modo determinado. Es Dios mismo quien tiene algo que decir a su pueblo. Por eso, se requiere del predicador una actitud espiritual que consiste en preguntarse ¿qué quiere decirle *Dios* a esta gente, con esta Palabra, en esta circunstancia concreta?

"En efecto, son innumerables los acontecimientos de la vida y las situaciones humanas que ofrecen la ocasión de anunciar, de modo discreto pero eficaz, lo que el Señor desea decir en una determinada circunstancia. Basta una verdadera sensibilidad espiritual para leer en los acontecimientos el mensaje de Dios" (EN 43).

Advirtamos que Pablo VI llamaba a esta actitud "sensibilidad *espiritual*", con lo cual estaba proponiendo una espiritualidad inseparable de la misión y una misión inseparable de la espiritualidad.

Las circunstancias también indican el estilo conveniente, el tono y el modo de la predicación. No se trata sólo de adaptarse al modo de hablar de la gente, sino también a sus variadas maneras de expresarse, y –más a fondo todavía– a sus preocupaciones, inquietudes, anhelos, preguntas:

"El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario, sino al que podría llamarse antropológico o cultural... tomando en cuenta al pueblo concreto con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea" (EN 63).

Pero la actitud de adaptación a los demás sugiere dos preocupaciones permanentes, que tienen que ver con un profundo y delicado respeto a las personas:

"Por una parte, el respeto a su ritmo que no se puede forzar demasiado, respeto a su conciencia y a sus convicciones que no hay que atropellar. Por otra parte, el cuidado de no herir a los demás, sobre todo si son débiles en la fe (Rom 14-15), con afirmaciones que pueden ser claras para los iniciados, pero que pueden ser causa de perturbación o escándalo, provocando una herida en las almas" (EN 79).

Culto a la verdad

El predicador, si actúa movido por el dinamismo del Espíritu, estará permanentemente orientado a la Verdad revelada a la que respetará y amará postrándose ante ella con una disposición espiritual de gozoso sometimiento. Así buscará permanentemente el sentido profundo –y objetivo– de la Palabra, para poder comunicarlo a la gente...

"Pero el Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que hace libres y que es la única que procura la paz del corazón... Verdad profunda que nosotros buscamos en la Palabra de Dios y de la cual no somos ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores. De todo evangelizador se espera que posea el culto a la verdad; porque la verdad que él profundiza y comunica es la Verdad revelada... El predicador del Evangelio será aquel que, aún a costa de renuncias y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por deseo de agradar a los demás, de causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar. No rechaza nunca la verdad. No la oscurece por pereza de buscarla, por comodidad, por miedo. No deja de estudiarla. La sirve generosamente, sin avasallarla" (EN 78).

Fervorosa confianza en la gracia del Espíritu

Si lo que se procura es algo más que un efecto superficial o una gloria personal, entonces la actitud espiritual adecuada es la de desear que actúe el Espíritu:

"No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo... En efecto, sólo después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, los Apóstoles salen hacia todas las partes del mundo para comenzar la gran obra de la evangelización. El Espíritu es quien explica a los fieles el sentido profundo del Evangelio. Él es quien hoy, igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar... Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin él. Sin él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu de los hombres. Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas y psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor... Él es el agente principal de la evangelización. Él impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación" (EN 75).

Aunque la experiencia pareciera demostrar lo contrario, no hay que olvidar que la eficacia "sobrenatural" no puede confundirse con la fama del predicador, ni con efectos psicológicos o reacciones emocionales. La acción discreta del Espíritu se caracteriza más bien por la profundidad de sus efectos: generosidad, don de sí, perdón, etc., y por la estabilidad de esos efectos, que perduran mucho más allá de la presencia del predicador. No se niega la existencia de predicadores con un peculiar carisma, pero es cierto que quien posee humilde y firme confianza en la acción del Espíritu puede ser más fácilmente utilizado por él y experimenta el fervor sobrenatural de sembrar una semilla que siempre actúa por su propio poder, con una acción profunda y estable. Esta confianza en la acción del Espíritu sostiene la alegría de la misión en medio de aparentes fracasos:

"Conservemos el fervor espiritual. No perdamos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia, con un ímpetu que nadie ni nada sean capaces de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. [...] Y ojalá que el mundo actual, que busca con angustia y con



esperanza, pueda así recibir la Buena Noticia, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido en sus vidas la alegría de Cristo" (80).

Tristes y desalentados son los que no confían en la acción misteriosa del Espíritu. Impacientes o ansiosos son los que confían demasiado en su propia capacidad y necesitan confirmar su auto-adoración con éxitos rápidos y visibles.

La espiritualidad en la preparación de la predicación

Podemos, ahora, presentar un modo de preparar la predicación que integre armoniosamente la espiritualidad con la intención pastoral. Sugiero un modo práctico en cuatro momentos, que abarca las notas espirituales que recogimos de *Evangelii Nuntiandi*.

¿Qué dice el texto?

Luego de haber buscado la presencia de Dios e invocado el auxilio del Espíritu Santo, el primer paso es el *estudio* del texto para reconocer el mensaje objetivo, el núcleo de verdad que Dios quiere comunicar en esa Palabra. Este comienzo es clave para distinguir si nuestra predicación es una actividad espiritual y pastoral, o una actividad política que contiene sólo la mera búsqueda de uno mismo manipulando el ministerio para obtener prestigio.

Este proceso de búsqueda tiende a encontrar el eje del texto, su mensaje central, pero, al mismo tiempo, nos familiariza con él y nos acerca de manera que podamos hablar a la gente de algo que verdaderamente hemos tratado. Exige la actitud espiritual de despojarse de los esquemas fijos y de las polarizaciones que nos llevan a hacerle decir a los textos bíblicos lo que sólo está en nuestra mente y en nuestras obsesiones.

¿Qué me dice?

El segundo paso es el proceso de *personalización* del texto bíblico. Consiste en permitir que esa Palabra le hable a mi propia vida, de manera tal que yo no exija a otros que se dejen interpelar existencialmente por esa Palabra si yo primero no me dejé "tocar" y transformar por ella.

Dejando que esa Palabra se "encarne" en la propia vida, el predicador puede ser verdadero instrumento de Dios y lograr que se vuelva palabra suya y que así sea predicada. Este camino de personalización exige una cooperación consciente del predicador, que puede ayudarse con algunas preguntas... ¿Qué me dice este texto? ¿a qué me motiva? ¿qué me pide? ¿qué me molesta? ¿de qué trato de escapar? ¿qué me agrada? etcétera.



Evidentemente, no se trata de una mera introspección, sino de un diálogo amoroso hecho a la luz del Espíritu Santo para superar ciertas tentaciones peculiares, como la de aplicar el

texto a los defectos de otras personas, o procurar quitarle fuerza a las exigencias de esa Palabra, o escapar de Dios pensando que me exige algún acto heroico que no puedo realizar y que no tiene paciencia ante mis debilidades.

Hace falta un silencio receptivo que acoja la luz de Cristo que se derrama gloriosamente.

Qué le dice a la gente

Este tercer momento es lo que se llama "poner un oído en el pueblo". El predicador ha recibido esa Palabra y ha dejado que toque su vida, pero la recibe *para comunicarla* a un grupo humano en una circunstancia determinada. Aquí se ponen en juego las actitudes fraternas que despiertan nuestra sensibilidad para reconocer lo que los demás necesitan oír, para descubrir las situaciones humanas en las que la Palabra puede derramarse como luz y como respuesta.

Todo discernimiento evangélico intenta reconocer un desafío "vinculado a una llamada que Dios hace oír en una situación histórica determinada. En ella y por medio de ella Dios habla al creyente" (*Pastores dabo vobis*, 10). Esta es una condición necesaria para poder realizar una auténtica "inculturación de la predicación, de modo que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y la cultura de aquellos que lo oyen" (*Ecclesia in America*, 70).

Pueden tomarse en cuenta acontecimientos puntuales y experiencias humanas básicas (desilusiones, miedo al fracaso, inseguridad por el futuro, insatisfacciones afectivas, la preocupación por un ser querido, etc.) que, de alguna manera, afectan a todas las personas, pero que en ese conjunto humano al cual se dirige la predicación adquieren notas peculiares y expresiones características.

Cómo lo digo

Evidentemente se trata de una pregunta pastoral, pero también es una cuestión espiritual bien planteada. Es necesario superar dualismos que separen la búsqueda creativa de recursos eficaces de la vida según el Espíritu.

La preocupación por el cómo, incluso por la técnica, debería estar incorporada en esta actitud espiritual que es *responder creativamente* al amor de Dios y amar al prójimo *con todas nuestras capacidades*. La planificación pastoral, la preparación, la búsqueda de recursos y técnicas forman parte del proceso de santificación, y han de vivirse como respuesta al amor de Dios y al impulso del Espíritu.

Esta preocupación por el *cómo* implica darle a la predicación un orden (Eclo 33, 4: "prepara y ordena tu discurso"), una estructura que lo haga comprensible e interesante, brevedad (Eclo 32, 8: "Resume tu discurso, di mucho en pocas palabras"), usar imágenes que hagan agradable y atractivo lo que se dice, y ejemplos que lo clarifiquen y concreten. Tener en cuenta estos "detalles" significa que uno quiere y busca la adaptación a los demás con la delicadeza del amor que se entrega generosamente.

La densidad espiritual del momento de la predicación

Las palabras y el encuentro con los demás están cargados de un significado profundo, santificador y satisfactorio que plenifican y hacen del descanso posterior a la predicación, un momento de reposo del corazón amante y no el alivio de un corazón vacío y hastiado que se sacó un peso de encima; pues no se trata sólo de "comunicar lo que *ya se contempló*" sino que la misma predicación sea un acto contemplativo.

Una vez más recordamos que, si la contemplación ha sido auténtica, al pasar a la acción no desaparece, sino que adquiere otra modalidad. En el momento de la predicación la contemplación realizada se expresa, se explaya, se desarrolla, se profundiza, se embellece y enriquece.

Cuando la predicación se realiza dentro del contexto de la Liturgia, se incorpora como parte de la ofrenda que se entrega a Dios y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración. Este mismo contexto exige que la predicación oriente a la asamblea, y también al predicador, a una comunión con Cristo en la Eucaristía. Esto mismo hará que la palabra del predicador no ocupe un lugar excesivo, sino que esté en proporcionada armonía con las demás partes de la Liturgia y respete su ritmo, que es el de una celebración sagrada y no el de una conferencia.